

es legítima en los campos de batalla, cuando sirve de arma á la libertad y á la independencia de las naciones.

§ II. — Las relaciones internacionales.

N.º 1. — El aislamiento, ley de la antigüedad.

Todos los pueblos antiguos se tienen por hijos de la tierra que habitan. Poetas, historiadores, oradores y filósofos han celebrado á los Atenieses como autóctonos (1). No era la ciudad de Minerva la única que tenía esta pretension; era una creencia general (2). Estamos tan imbuidos en el dogma de la unidad humana, que se nos hace difícil comprender un sentimiento que lo destruye, ó que, por lo ménos, lo debilita. Aquella creencia era la expresion de la vida aislada de las naciones primitivas; no conocían más que á sí mismas, y el horizonte de su valle era para ellas el límite del mundo. El orgullo, exaltado en la soledad, sostiene esta falsa opinion; una preocupacion nacida de la ignorancia se convierte en un título de gloria. Esto caracteriza perfectamente á la antigüedad; su ley es el aislamiento.

Los antiguos no llegaban á concebir una existencia más amplia; el aislamiento se acomodaba tan bien á sus sentimientos y á sus ideas, que lo convirtieron en una especie de ideal. Todas las tradiciones de la antigüedad empiezan por un cuadro idealizado de las primeras sociedades humanas: los hombres, confundiendo sus esperanzas con sus recuerdos, trasladaban al principio del mundo la felicidad, cuya necesidad sentían, sin encontrar la posibilidad de su satisfaccion. El aislamiento era uno de los caracteres atribuidos por los poetas á la edad de oro: «Los pueblos, dice *Ovidio*, no conocían más tierra que la de su patria; el pino no había sido aún arrancado de las montañas para bajar á flotar sobre

(1) EURÍP., *Fragm.* 353 (edic. Didot). — TUCID., I, 2. — HEROD., I, 56; VII, 161. — ISÓCRAT., *Panath.*, § 125 — PLAT., *Menezén.*, pág. 237, B.

(2) Los Indios se decían autóctonos (DIODOR., II, 38), los Egipcios (DIOD., I, 10), los Etiopes (DIOD., III, 2), los Sicilianos (DIOD., V, 6), los Cretenses (DIOD., V, 64), los Bretones (DIOD., V, 21), etc.

las olas y visitar los climas extranjeros» (1). El aislamiento está tan distante de ser un ideal, que se halla en contradiccion con la naturaleza del hombre, que es un sér esencialmente sociable, y en oposicion con la mision de los pueblos y de los individuos. En efecto, el desarrollo de sus facultades, que es la ley suprema de su destino, solamente es posible en el estado de sociedad: la soledad absoluta sería la muerte. Las naciones, pues, están llamadas á mezclarse cada vez más y á extender incesantemente sus relaciones.

Sin embargo, hay algo de verdad en la pintura que los poetas hacen de la edad de oro: el aislamiento es un rasgo característico de los tiempos primitivos. Todos los pueblos, cuando aparecen en la escena del mundo, viven con existencia separada, casi desconocidos unos de otros. Puede decirse que este aislamiento era necesario, providencial. Las fuerzas de las diversas naciones han necesitado concentrarse en límites estrechos para poder desplegarse con energía. Teniendo por mision cada fraccion de la humanidad el desarrollo de una fase particular de la vida general, cada una debe tener su carácter original, y para conservar esta originalidad es conveniente que los pueblos en su infancia, cuando el espíritu se abre á todas las influencias y recibe fácilmente toda especie de impresiones, vivan más ó ménos aislados. Esto explica por qué, á pesar de las guerras, las colonias y el comercio, que pusieron en relacion á los pueblos de la antigüedad, el aislamiento primitivo conservó su influencia hasta el fin de la edad antigua: se le encuentra hasta en los Estados fundados por conquista. Las palabras reino, imperio, república, nos engañan, haciéndonos ver la unidad política, donde habia profunda diversidad. La India ha formado siempre un conjunto de pequeñas asociaciones sin conciencia de una patria comun. El Imperio persa no era más que una *yuxtaposicion* de pueblos y ciudades. El individualismo constituye la grandeza del genio helénico, pero tambien preparó la ruina de la Grecia. Roma conquista una parte del mundo, sin dejar de ser una república municipal.

La existencia aislada de los pueblos de la antigüedad produjo y

(1) OVID., *Metam.*, I, 94-96.

sostuvo cualidades y virtudes, que no se observan en los pueblos modernos, al menos con los mismos caracteres. ¿Quién no ha echado de menos el patriotismo y la hospitalidad de los antiguos? Conviene examinar de cerca ese pretendido ideal, ante el cual se ha rebajado la civilización prosaica y egoista de nuestra época. Glorificar lo pasado y despreciar lo presente es generalmente falsear la historia para tener el placer de hablar mal de sus contemporáneos. ¿Sucederá lo mismo con los elogios que se prodigan á los sentimientos hospitalarios de los antiguos y á su amor á la patria?

I. — *El patriotismo de los antiguos.*

El patriotismo es el más natural y el más legítimo de los sentimientos. Tiene su principio en el amor que profesamos al lugar que nos vió nacer. Los filósofos han buscado la razón de este afecto que une al hombre con el suelo. Dicen que «nuestras facultades físicas y morales, nuestra manera de vivir, nuestras alegrías y nuestras penas, ya que no sean un producto del clima, están, por lo menos, en relación con las influencias exteriores, entre las cuales se desarrollan; cuanto más fuerte es esta acción, tanto más trabajo cuesta al hombre el separarse del lugar de su nacimiento; quitarle su país es cegar la fuente de su vida» (1).

Cierto es que la naturaleza influye; pero esta influencia no es decisiva; el afecto por el país natal depende principalmente de la forma de gobierno. Cuanto más se interesa el ciudadano en los negocios públicos, tanto más identifica su causa con la del Estado de que es miembro activo. Esto sucedía en las repúblicas de Grecia y de Roma; lo mismo debe suceder en todos los Estados libres. El amor de la patria, lejos de disminuir con los progresos de la civilización, aumentará con la participación que tengan los ciudadanos en el ejercicio de la soberanía nacional. Este amor debe llegar hasta la abnegación más completa, puesto que, al perder la independencia de su patria, el ciudadano pierde la mi-

(1) HERDER, *Ideen zur Philosophie der Geschichte*, VII, 2.

tad de su alma. Al sacrificarse por los intereses nacionales se consagra el ciudadano á los más altos intereses del género humano, porque las naciones son de Dios: su existencia y su desarrollo son una condición del perfeccionamiento general, fin supremo de los individuos y de la humanidad. En este sentido podemos decir que la salud de la patria es la ley suprema. Pero hay una restricción que tener muy en cuenta, y es que, si bien el ciudadano debe sacrificarlo todo al bien público, no tiene el derecho de abdicar ni su deber ni su conciencia. No basta con la santidad del fin; hace falta la legitimidad de los medios.

Con estas reservas aplaudimos los nobles sentimientos de la antigüedad, respecto del patriotismo. La humanidad cantará siempre con Horacio, «que es dulce y glorioso morir por la patria»; dirá siempre con el poeta griego, «que es bello amar á sus hijos, pero que la patria tiene derecho á nuestros primeros afectos» (1); repetirá siempre con Ciceron, que «como la patria es nuestra madre, antes que la misma que nos dió el ser, le debemos más reconocimiento que á nuestros propios padres» (2). Un individualismo excesivo amenaza hoy destruir la sociedad. Los ciudadanos de Atenas y de Roma se despojaban, por decirlo así, de todo sentimiento personal; hasta la gloria, este móvil tan poderoso, se sacrificaba en aras de la patria (3). Pero, aun cuando hagamos justicia al patriotismo antiguo, no debemos considerarlo como un ideal.

La ciudad era la familia un poco agrandada; de aquí resultaba que el amor de la patria tenía algo del afecto que producen los lazos de la sangre; era profundo, pero egoista. Los pueblos de la antigüedad, incessantemente en guerra entre sí, veían en todo extranjero un enemigo; el amor de la patria se confundía con el odio á todos los hombres que no eran miembros de la ciudad. Esta

(1) Verso citado por PLUTARCO (*Præcepta gerend. Reip.*, c. 14).

(2) CICERON, *De Rep. fragm.*, lib. I, núm. 1.

(3) La victoria en los juegos Olímpicos era para los Griegos la más alta ambición, pero era más honor para la patria que para el vencedor (PLIN., *H. N.*, VI, 27; XVI, 4). En las inscripciones, monumentos de orgullo y de vanidad, el ciudadano, al proclamar que se había cubierto de gloria, jamás olvidaba añadir que había inmortalizado el nombre de su patria (HEROD., IV, 88).

aversión estaba sobradamente justificada por el carácter de las hostilidades; la guerra, amenazando á la existencia del Estado, ponía igualmente en peligro la fortuna, la libertad y la vida de los individuos. Así el ciudadano, al defender su país natal, combatía realmente por todo lo que le era caro. Pero la misma causa que exaltaba el patriotismo, el interés personal, le hacía exclusivo y rencoroso. Y no hablamos de los sentimientos del vulgo. Los más ilustres legisladores, los espíritus más elevados aparecían tanto más mezquinos é injustos cuanto más amaban á su patria. *Zaleuco* convirtió en crimen el simple abandono de la patria (1). *Licurgo* prohibió la emigración. Se comprende el deseo de *Horacio* «de que el sol no pudiera ver nada más grande que Roma.» Pero ¿cómo debe juzgarse la alegría de *Tácito*, al contar que las tribus germánicas se destruían mutuamente, y su impío deseo de que tales odios fuesen eternos? (2). El gran historiador es el órgano de la antigüedad. En cuanto se trataba del interés de la patria, el ciudadano no se acordaba ya de la justicia ni de la humanidad, ni aún escuchaba la voz de la naturaleza. Los crímenes se convertían en títulos de gloria cuando redundaban en perjuicio del enemigo. Un escritor latino considera el acto de *M. Scævola* como uno de aquellos hechos «que serían tenidos por fábulas si no estuvieran consignados en los anales» (3). Y sin embargo, ¡aquel hecho heroico era un asesinato! Recuérdense los más nobles caracteres de Grecia y de Roma; se verá que son admirables en los límites de la ciudad, pero su virtud no llega más alto.

Repitamos, pues, con *Schiller*, que la antigüedad produjo grandes ciudadanos, pero no grandes hombres (4). No envidiamos á los antiguos aquel patriotismo feroz, amor singular que no les movía á amarse entre sí, sino á odiar á todo el que no era conciudadano (5). Gracias á la religión cristiana, nuestros sentimientos se han extendido más; hoy consideramos como hermanos á todos los hombres, y en la escala de deberes que la naturaleza

(1) STOB, *Floril.*, XLIV (42), 21.

(2) TACT., *German.*, c. 33.

(3) FLOR., II, I.

(4) SCHILLER, *Ueber Völkerwanderung, Kreuzzüge und Mittelalter*.

(5) LAMENNAIS, *Ensayo sobre la indiferencia*, cap. VI.

nos impone, antepone los intereses del género humano á los derechos de la ciudad, por la misma razón que movía á los antiguos á anteponer la ciudad á la familia. El cosmopolitismo, sin embargo, no debe hacernos olvidar nuestras obligaciones respecto de la patria. Dios mismo, al dividir el género humano en naciones, ha condenado el socialismo, cuyo ideal es la absorción y destrucción de las nacionalidades. Si los intereses de la humanidad son superiores á los intereses particulares, esto no quiere decir que deban romperse los lazos de la familia y de la patria en obsequio de un vago y estéril amor del género humano. Lo que se ha de buscar es la conciliación de sentimientos, todos igualmente sagrados, y no la supresión de los unos y la exageración de los otros. Debemos mostrarnos superiores á la antigüedad haciendo compatibles el amor á los hombres y el amor á nuestros conciudadanos; si alguna falsa doctrina pretendiera hacer desaparecer la patria, fortalezcámonos contemplando el espectáculo de Grecia y de Roma; busquemos en ellas lecciones de patriotismo, pero hagamos de manera que este amor no vaya acompañado de odio.

II. — La hospitalidad.

La hospitalidad da á la antigüedad un carácter ideal más marcado aún que el patriotismo. Pero, si se consideran las relaciones internacionales de los antiguos en su conjunto, la hospitalidad pierde el prestigio poético que la engrandece, y se convierte en un medio poco eficaz de corregir la barbarie y hostilidad que el extranjero encontraba en aquel estado social. Así como el niño es esencialmente personal, las sociedades nacientes no piensan más que en su conservación ó en la satisfacción de sus necesidades. Este egoísmo nacional es ya un progreso respecto de las afecciones exclusivas de la familia; pero se necesita un desarrollo considerable de los sentimientos humanos para que los pueblos lleguen á tratarse como hermanos. La filantropía no puede tener cabida en el estrecho círculo del mundo primitivo. Aquella edad es la de las luchas violentas y de la fuerza brutal; cuando se encuentran

dos tribus, es para matarse y robarse mutuamente; ¿cómo ha de ver el hombre un amigo en aquel que no busca más que la ocasión de perjudicarlo? Extranjero y enemigo expresan, pues, necesariamente la misma idea (1). Se necesita un tratado para que el hombre considere al hombre como su semejante. Calcúlense las consecuencias que estas ideas deben producir respecto del extranjero. La frase *¡ay de los vencidos!*, se refiere al extranjero lo mismo que al enemigo (2). Solamente el ciudadano es considerado, porque él solamente es miembro de la ciudad; el extranjero no tiene derecho; su nacimiento es un borron (3); es un sér vil, despreciable (4); está en estado de sospecha legítima (5); es libre en su persona, pero esclavo en su lenguaje (6); la diferencia de las lenguas interpone entre los pueblos una valla más elevada que la diversidad de naturaleza (7). De aquí el término despreciativo de *bárbaro* de que se servían los griegos y los romanos para designar las razas extranjeras. Esta expresión, tan frecuente en la antigüedad, sirvió en su origen para designar un hombre que hablaba un lenguaje ininteligible, y por consiguiente completamente extranjero (8); pero pasó pronto á significar la diferencia profunda que separaba al hombre libre del esclavo.

Así, pues, el sistema internacional de los antiguos conduce á la negación de la unidad humana. Esta doctrina, llevada hasta sus últimas consecuencias, hubiera realizado la horrible máxima de *Hobbes*; el hombre se hubiera convertido en lobo para el hom-

(1) La misma palabra designa lo uno y lo otro en los poemas de Homero; ἀλλότριος φώς es sinónimo de πολέμιος (*Iliad.*, v. 214). HESYCHIUS dice: ἀλλότριος φώς, πολέμιος τις ἀνὴρ.

(2) Οἰκτρός τις αἰὼν πατρίδος ἐκλιπεῖν ὄρου. EUR., *Fragm.* (STOB., XXXIX, 5).

(3) EURÍPID., *Ion.*, v. 591, s.

(4) Ἀτιμητος μετανάστης. *Iliad.*, IX., 648.

(5) «Sólo el tiempo da á conocer lo que valen los desconocidos» (ESQUIL., *Supl.*, v. 993-995, 972, s.).

(6) EURÍP., *Ion.*, x. 673; *Phæn.*, v. 401.

(7) PLIN., *H. N.*, VII, 1. «Tot gentium sermones, tot linguæ, tanta loquendi varietas, ut externus alieno pæne non sit hominis vice.» Dice San Agustín que se asocian mejor animales de diferente especie que dos hombres que hablan lenguas diversas, de tal suerte que un hombre «quiero más estar con un perro que con un extranjero» (*De Civit. Dei*, XIX, 7).

(8) *Real Encyclopædie der classischen Alterthumswissenschaft*, en la palabra *Barbarus*.—*Encyclopédie d'Ersch et Gruber*, en la misma palabra.

bre. Pero Dios depositó en él el gérmen de la humanidad, que nunca se extingue por completo. La naturaleza le dice que él y sus semejantes son una misma cosa. El instinto de esta comunidad empieza ya á revelarse en la infancia, la cual llora cuando ve llorar y se alegra cuando ve reír. La compasión hácia los desgraciados es la primera manifestación del lazo que une á los hombres; es el principio de la hospitalidad. La hospitalidad hizo pensar en la fraternidad humana (1); la religión dió su sanción á los sentimientos de la naturaleza. En la India el legislador puso los huéspedes junto á los dioses (2). Entre los griegos la hospitalidad era tan sagrada, que contrapesaba al amor á la patria (3); en Roma casi se convirtió en una obligación jurídica.

Ahora comprenderemos la naturaleza de la hospitalidad, la importancia que tenía entre los antiguos, y que no puede tener entre los pueblos modernos. Era una reacción del sentimiento humano contra el trato bárbaro á que por todas partes estaba sujeto el extranjero, confundido con el enemigo.

Y este sentimiento no era tan desinteresado como nos complacemos en suponer. Sería más exacto el decir que el interés daba origen á las relaciones hospitalarias que sin razón envidiamos á la antigüedad. Las relaciones se establecen entre los hombres por necesidad; la sociabilidad innata y las necesidades de la vida pueden más que los odios que separan á las naciones. Ahora bien; estas comunicaciones hubieran sido imposibles absolutamente, si, al traspasar las fronteras de su país, hubieran sido los hombres considerados como enemigos. Sin embargo, en ninguna parte concedían las leyes protección á la persona del extranjero ni á sus bienes. La hospitalidad proporcionó la garantía que el derecho no concedía, garantía bastante insuficiente puesto que no se fundaba más que en el buen deseo é influencia de un particular. ¿Qué es, pues, la hospitalidad antigua? Léjos de ser un ideal, no es más que la primera tentativa para aproximar los pueblos. En cuanto estas relaciones se extendieron, la hospitalidad llegó á ser insuficiente é in-

(1) ODIS, VIII, 546, s.

(2) *Leyes de Manú*, III, 72, 80.

(3) PÍNDARO pone al mismo nivel el patriotismo y la hospitalidad (*Isthm.*, II, 51, s.—Compárese PLAT., *De Legg.*, v. 729, E).

útil. Ya entre los griegos y los romanos fué reemplazada por instituciones mercenarias. Si se comparan las atenciones afectuosas del huésped con los interesados servicios del posadero, se siente uno ciertamente inclinado á preferir las costumbres antiguas. Pero estas inclinaciones no deben llegar hasta calumniar la civilización y dar la preferencia á la condición de los pueblos salvajes. No debemos olvidar que hoy encontramos en las leyes toda aquella garantía que los extranjeros buscaban en las relaciones individuales, las cuales muchas veces eran ineficaces para el objeto. El extranjero no es ya un enemigo, es un hermano en posesión de los derechos de hombre donde quiera que se encuentre; la relación excepcional de la hospitalidad ha sido sustituida por una benevolencia general.

N.º 2. — *El aislamiento interrumpido por la guerra, las colonias y el comercio.*

I. — *La guerra.*

El aislamiento, condición primitiva de los pueblos, no podía ser absoluto. Es más, no ha existido nunca tal como lo imaginan los poetas en sus ficciones de la edad de oro. Los antiguos obedecieron inconscientemente á la gran ley que rige al género humano, la unidad y la asociación. La vida de la humanidad no es más que una marcha progresiva hácia este ideal.

Cada edad tiene su misión en esta obra interminable. Las naciones de la antigüedad desempeñan un gran papel en la preparación de la futura unidad. La Providencia las dotó de una fuerza de expansión que las movía á extenderse incesantemente y á propagarse á distancia. Esta tendencia se manifiesta de diferentes maneras, según los diversos genios de las razas. La guerra tiene en esto una parte muy principal: la guerra es de la esencia de la antigüedad, en términos que los pueblos más pacíficos en apariencia, los más aislados, han estado poseídos por la ambición de las conquistas, aún cuando no sea más que durante una determinada época de su existencia. La India tuvo su edad heroica antes de encerrarse en sí

misma en la meditación; los Faraones de Egipto recorrieron el Asia en sus conquistas. La guerra, que no era más que un hecho accidental para los habitantes del Ganges y del Nilo, ocupa la vida entera de otras naciones. Los rudos habitantes de las estepas del Asia fueron los primeros que aparecieron en este sangriento teatro: impulsados por una fuerza divina á la conquista de un mundo, cuya extensión ignoraban, reunieron el Asia Occidental en una gran monarquía y la pusieron en contacto con Europa. El encuentro de las dos razas, que mutuamente se desconocían, fué como el descubrimiento de un mundo nuevo: *Estrabon* dice que apenas se conocían de nombre los persas y los griegos antes de las guerras médicas (1). Los conquistadores han sido en la antigüedad lo que los navegantes en la edad moderna. Alejandro descubrió la India y echó los cimientos de la futura unión del Oriente y del Occidente. Pero gran parte del Occidente seguía oculto entre nieblas; los países, que habían de ser el emporio de la más avanzada civilización, estaban habitados por pueblos bárbaros que no cultivaban relación alguna entre sí, ni con las naciones más civilizadas del Mediodía. Anibal y las legiones romanas fueron los primeros en abrir camino entre las Galias é Italia; un émulo de Alejandro osó penetrar hasta el Norte de Europa; los sucesores de César dieron cima á la obra de la conquista y de los descubrimientos, y prepararon el terreno para un nuevo desarrollo de la humanidad.

II. — *Las colonias.*

«No todos los medios de poner en comunicación los pueblos, dice *Herder*, son igualmente buenos; la guerra es el más rudo y el peor. La guerra salvaje fomenta el odio y no el amor; por lo ménos los conquistadores no se proponen la comunión moral que suele resultar. Las colonias de los antiguos difundían las ciencias al mismo tiempo que el comercio: por ellas se han immortalizado

(1) *Strabon*, lib. xv, al fin. Antes de demandar la tierra y el agua á los griegos, el Gran Rey envió una expedición al descubrimiento de este Occidente, á cuya dominación se creía llamado (*Herod.*, III, 133, s.).

los fenicios y los griegos» (1). La colonización es efectivamente un instrumento admirable para establecer entre los hombres la unidad y la armonía, ley de su naturaleza y fin último de sus esfuerzos. Puebla el globo de ciudades amigas; se crean lazos de afecto entre las colonias y la metrópoli; entre ellas la guerra es un crimen, la paz un deber; cuando los hijos se emancipan por la fuerza de las cosas, siguen unidos á sus padres por los lazos de la sangre: ¿no parece esto una imagen ideal de los destinos de la humanidad?

Herder se ha dejado seducir por estos interesantes símbolos de la fraternidad humana. Pero dista mucho la realidad de corresponder al cuadro que presenta de la colonización antigua. Domina tanto la fuerza en el mundo antiguo, que aparece aún en aquellas relaciones que debían engendrar inclinaciones pacíficas. El establecimiento de las colonias fué una conquista, y á veces de las más rudas. Lo que sucedió en el siglo xv, después del descubrimiento de América, puede darnos idea de la violencia y avaricia de los colonos antiguos, de la opresión y miseria de los indígenas. Habrémos, pues, de decir de las colonias lo mismo que el filósofo alemán dice de la guerra: la civilización que propagan es un beneficio de la Providencia; pero la intención de los fundadores dista mucho de corresponder á los designios de Dios. Tiro y Cartago cubrieron con sus establecimientos las costas de África, de las Galias y de España; pero la raza fenicia obraba movida por un interés mercantil. La colonización griega, producto de las revoluciones que agitaron á la Grecia, debió su esplendor á la irregular unión de las facultades más diversas, las cuales hacen de los helenos el pueblo iniciador de la humanidad; la acción que ejerció sobre el mundo es digna de la nación que se ilustró principalmente por las artes y por la filosofía. Roma también fundó colonias, pero solamente como uno de los medios que su administración empleaba para unir los países conquistados con el centro del imperio; sin embargo, consideradas como elemento de la grande unidad romana, tienen su importancia, aún bajo el punto de vista de los intereses generales de la humanidad.

(1) HERDER, *von Einfluss der Wissenschaften auf die Regierung*.

III.— El comercio.

El comercio, dice Montesquieu, une á las naciones (1); en su más alta expresión es la imagen de la solidaridad humana. Las relaciones fundadas por el interés se extienden pronto á las ideas, y contribuyen á hacer del género humano una familia de hermanos. Hallándose sujeta por los límites de nacionalidades hostiles, la antigüedad no podía tener el genio comercial, que naturalmente es cosmopolita. Licurgo, al proscribir el comercio, era el órgano de la opinión dominante. El ideal de la sociedad era la condición de un país que se bastase á sí mismo: para realizarlo, un legislador célebre prohibió en su república hasta el tráfico interior (2). «Dichoso, dice *Sainte-Croix* comentando la ley de *Zaleuco*, el pueblo que nunca ha salido de sus campos» (3). El académico francés manifiesta los mismos sentimientos que la antigüedad; pero la humanidad moderna ha abandonado este falso ideal, comprendiendo que el aislamiento es contrario á los planes de la Providencia. Dios no quiere que el hombre se baste á sí mismo, ni las naciones á sí mismas. Hay pocos países que produzcan todas las cosas necesarias para la vida; el Creador las ha repartido entre las diversas partes de la tierra, para obligar á sus habitantes á relacionarse entre sí. Hasta los arenales desiertos contienen ricos tesoros. Los países situados al otro lado del gran desierto de África carecen completamente de sal, la cual abunda extraordinariamente en las tierras arenosas. ¡Admirémos á la Providencia! Los pueblos se ven obligados á salvar el más peligroso de los obstáculos para adquirir una producción que es indispensable al hombre (4).

(1) *Espíritu de las leyes*, xx, 2.

(2) ZALEUCUS. No se veía entre los Locrios mercado alguno; cada agricultor vendía en su casa sus propios géneros (HEYNE, *Legum Locris a Zaleuco scriptarum fragmenta*. Opusc. Acad., T. H, p. 55).

(3) *Memorias de la Academia de Inscripciones*, t. XLII, p. 299.

(4) HEEREN, *De la política y del comercio de los pueblos de la antigüedad*, t. IV, p. 18, 19, 205, 206 de la traducción francesa.

No se ha contentado la naturaleza con hacer necesarias las comunicaciones entre los hombres; les ha facilitado los medios de practicarlas. Parecían imposibles los viajes á través de los desiertos que separan los países más fértiles del Asia y del África; pero se facilitan con el auxilio del camello, tan oportunamente llamado por los orientales «el barco de tierra firme.» Parece que el mar aísla los pueblos; pero la navegacion le convierte en el camino más rápido para el comercio. Pero estas relaciones habian de ser necesariamente el resultado de progresos seculares. Un filósofo moderno (1) censura á Horacio por haber dicho que el Océano era una valla divina (2). Esta censura alcanza á toda la antigüedad, que, en lugar de ver en el mar una relacion, ha visto una causa de separacion. Esta preocupacion era natural en una edad en que la navegacion carecia de los poderosos instrumentos que guian á nuestros marineros á través de la inmensidad del Océano, permitiéndoles arrostrar las tempestades.

Peró hay en el espíritu comercial un poder que rompe con las preocupaciones y afronta los peligros. El interes, el más poderoso de los móviles, llevó á los comerciantes á países desconocidos, en donde, por los peligros mismos que corrian, no tenian que temer la competencia. La Providencia ayudó á los esfuerzos de los hombres. La mision del comercio era unir las naciones: Dios, que habia destinado ciertos pueblos al desarrollo tranquilo de los dogmas, y otros á las emociones violentas de los combates, dotó á una raza del genio particular de las empresas comerciales. El pabellon de Tiro ondeaba en los mares del Norte, en las costas del Asia y en el Océano indico. El espíritu aventurero de Tiro se trasmitió á Cartago; pero su posicion despertó en ella el deseo de las conquistas, y esto la puso frente á frente de un pueblo contra el cual toda lucha era inútil, porque los decretos de la Providencia le favorecian. Roma no supo sacar partido del comercio que pasaba á sus manos con la ruina de su rival. No se interrumpe-

(1) HEGEL, *Philosophie des Rechts*, § 247.

(2) HORAC., *Carm.*, 1, 3, 21, s.:

*Deus abscedit
Prudens Oceano dissociabit
Terras.*

ron, sin embargo, las relaciones comerciales. Alejandria substituyó á Cartago; inspirada por el genio de su fundador, no solamente fué una factoría para las mercancías, sino un centro intelectual del mundo greco-romano.

N.º 3. — Influencias internacionales. — Filiacion de las civilizaciones.

Hemos dicho que el aislamiento es la ley de la antigüedad. ¿Quiere esto decir que los pueblos antiguos han desarrollado culturas originales, completamente independientes entre sí, y sin influencia recíproca por consiguiente? ¿Ó hay una relacion de filiacion y parentesco entre las civilizaciones de la antigüedad, de manera que la una procede de la otra, ó que por lo ménos la una impulsa á la otra? No hay en la historia de la humanidad problema más importante ni más difícil. Los pensadores cristianos han relacionado, durante mucho tiempo, toda la historia con el pueblo de Dios; esta idea constituye la grandeza, y la imperfeccion al mismo tiempo, del Discurso de Bossuet sobre la historia universal; por admirable que sea el talento del escritor, su filosofía de la historia es falsa. En la ciencia moderna se ha declarado una viva oposicion contra la hipótesis de un pueblo primitivo, iniciador de la humanidad. Los historiadores se inclinan hácia una solucion completamente opuesta; prefieren ver el desarrollo de las diversas nacionalidades segun su genio; las estudian como los naturalistas estudian una planta, sin preguntarle de dónde viene ni adónde va; hasta niegan la filiacion entre las várias civilizaciones antiguas; renuevan, en una palabra, la idea de los pueblos autóctonos bajo forma científica. Creemos que ambas hipótesis son erróneas. No ha habido un pueblo primitivo, iniciado por Dios, y que haya comunicado á sus descendientes la ley divina, como trasmite un maestro su ciencia á sus discípulos. Pero tampoco han tenido las naciones una existencia aislada, sin más relaciones que la guerra y el comercio. La guerra y el comercio no han sido más

que los instrumentos providenciales de la comunicacion de las ideas y de las creencias.

Abstraccion hecha de todo testimonio histórico, hay que admitir la unidad y la solidaridad de los pueblos como una ley divina. La sociabilidad está reconocida universalmente como la condicion natural del género humano; nadie cree ya en el estado de naturaleza de Rousseau; nadie cree tampoco, como Hobbes, que el hombre sea un lobo para el hombre; por el contrario, profesamos la creencia de nuestros antepasados del Norte, que el hombre es un iman para el hombre. La sociedad es para el individuo la condicion del desarrollo de sus facultades. Lo que sucede con los individuos, sucede tambien con las naciones. Las naciones son grandes individualidades, cada una de las cuales tiene una mision que realizar en el trabajo del género humano, de la misma manera que cada hombre tiene la suya. Si la sociedad es una necesidad para el perfeccionamiento del individuo, debe serlo tambien para las naciones. En las relaciones individuales, el hombre influye sobre el hombre; el desarrollo de las facultades humanas no es posible, sino mediante esta accion perpétua é incesante. Esta misma ley rige en las relaciones internacionales. Cada pueblo tiene su genio particular; cada uno produce su obra aparte; pero es preciso que el trabajo de cada uno redunde en beneficio de los otros; de otro modo no se realizaria el fin comun asignado á la humanidad. Hay más: si suponemos á las naciones completamente aisladas, no tienen razon de ser, puesto que no son ya miembros de un cuerpo, unidos entre sí para formar un todo armónico; mejor dicho, la division del género humano en naciones, en lugar de facilitar el progreso general, sería su mayor obstáculo. Puede decirse que el aislamiento mata al individuo, puesto que, lejos de desarrollarle, le degrada hasta hacerle semejante á los animales. El aislamiento mata tambien á las naciones y, por consiguiente, á los individuos que las componen. Si el aislamiento intelectual y moral fuese la ley de los pueblos, más valdria que el género humano no estuviese dividido en naciones. ¿Qué quiere decir esto? Las naciones son de Dios, lo mismo que los individuos: son un medio de desarrollo y de perfeccionamiento para el individuo, lo cual implica que están relacionadas entre sí, que se comunican los frutos

de su cultura. Existe, pues, un lazo entre las civilizaciones particulares; lazo de filiacion ó de parentesco, segun las circunstancias.

Al hablar de filiacion ó de parentesco entre las civilizaciones, no queremos dar á entender que una de ellas procede rigurosamente de la otra, y es su continuacion estricta. Ni aún en la filiacion propiamente dicha sucede así. El hijo no es la reproduccion exacta del padre. Nace con disposiciones que no son creadas por el padre; éste puede desarrollarlas, modificarlas, neutralizarlas hasta cierto punto; pero no puede destruirlas. A traves de estas diversidades aparecen, no obstante, rasgos de semejanza, que denotan la comunidad de su origen. De este modo encontramos ya en la familia la gran ley que rige á la humanidad: la unidad en la variedad. Tambien las naciones presentan disposiciones particulares. Sea cual fuere la iniciacion que reciban de fuera, esta educacion no destruye su individualidad, como la educacion paterna no cambia la naturaleza del hijo. La prueba está á la vista. Las relaciones entre los galos y los romanos, la influencia de los conquistadores sobre el pueblo conquistado, son hechos históricos: los escritores franceses llegan á decir que el poder de asimilacion de Roma era tal, que al cabo de algunos siglos los galos se habian convertido en romanos. No hay nada de esto. Los galos siguieron siendo galos. Tan cierto es esto, que los retratos de la raza gala, trazados hace dos mil años, parecen de ayer. La invasion de los bárbaros puso á los romanos en comunicacion con las naciones germánicas; los vencidos civilizaron á los vencedores. ¿Se convirtieron los germanos en romanos? Lejos de esto, los galos, al cabo de algunos siglos, parecian trasformados en bárbaros. En realidad los germanos y los galos pasaron á traves de la conquista sin perder los caracteres esenciales de su nacionalidad. Esto no impide que haya habido accion y reaccion, iniciacion, educacion, influencia internacional.

Así, pues, la humanidad obedece á una doble ley. Hay unidad en el fin, diversidad en los medios; pero la diversidad debe armonizarse con el fin, así para las naciones como para los individuos. Cada pueblo tiene una existencia individual, un carácter especial, una civilizacion particular; pero este desarrollo se rela-

ciona con la marcha general de la humanidad. ¿De qué manera? No puede ser sino por medio de una acción y reacción incesantes. Esto es evidente para los individuos, é innegable también para las naciones.

¿Concuerdan los hechos con la teoría? A partir desde la época en que la historia adquiere certidumbre, cuando los griegos y los romanos aparecen en la escena del mundo, las comunicaciones intelectuales y las relaciones políticas y comerciales de los pueblos adquieren igual certidumbre. Los romanos vencedores son iniciados por los griegos en las ventajas de su brillante civilización, y transmiten á su vez á los pueblos modernos la herencia de la antigüedad con su lengua y su derecho. Otro elemento, aunque hostil al cristianismo, influye en la Edad Media en el desarrollo de los espíritus: los árabes comunican la filosofía de Aristóteles con sus comentarios á los pensadores católicos. De esta influencia casi milagrosa, procede la vida intelectual de la Edad Media, la escolástica. En el siglo xv se completa la iniciación de las razas germánicas; los romanos y los griegos salen de sus sepulcros seculares, renacen á la vida para educar á las naciones cristianas. Desde esta época la acción y la reacción de los diversos miembros del género humano son evidentes. Así es que nosotros descendemos intelectualmente de los romanos y de los griegos; esto es un axioma histórico. Pero ¿de dónde vienen los griegos? ¿Son autóctonos? Al lado de los helenos, y ántes que ellos, han florecido naciones célebres por sus artes, su religión, su ciencia, como los egipcios, los caldeos, los arios, los indios. ¿No existe relación entre estas razas teocráticas? ¿No han ejercido alguna influencia sobre la Grecia? Creemos que en la más remota antigüedad hubo relaciones entre los pueblos, lo mismo que en los tiempos posteriores al advenimiento de los griegos y de los romanos. ¿Por qué no había de suceder en los tiempos primitivos lo mismo que en los tiempos históricos? ¿Ha cambiado la naturaleza de la humanidad, ó las condiciones de la civilización? En vano buscamos una diferencia; no existe ninguna, sino que carecemos de pruebas positivas; pero la insuficiencia de las pruebas ¿es una razón para sostener que la ley de la humanidad es diferente para los egipcios y los indios que para los romanos y los griegos? Esto es absurdo; y sin embargo

han incurrido en este error, sin notarlo, muchos sabios historiadores.

Estos historiadores llaman indomanos y egipomanos á los escritores que buscan en el Oriente las raíces de la civilización griega; no notan que ellos á su vez están dominados por una idea sistemática, preconcebida, la de la originalidad absoluta de la civilización occidental. Dejemos á un lado las manías, y procedamos, fundándonos en hechos y en probabilidades. Hay más que probabilidades; existen hechos que demuestran que hubo un lazo entre el Oriente y la Grecia: la filología comparada nos suministra la prueba evidente de una comunidad de origen y de cultura entre la raza helénica y la raza india. Las raíces del griego y del sanscrito son las mismas, las formas y la gramática con frecuencia idénticas; el idioma en que están escritos los Vedas y la Iliada es el mismo en el fondo. La identidad en las lenguas supone una existencia común, y por consiguiente ideas y creencias comunes. Las palabras son la expresión de las cosas; cuando una misma palabra aparece en las lenguas de dos pueblos que tienen la misma cuna, constituye una prueba segura de una relación de parentesco y de filiación. No necesitamos insistir, porque esto ni se pone ni se puede poner en duda. Esto sólo basta para probar que nuestra civilización proviene del Oriente. Si la lengua griega es hija y hermana de las lenguas habladas por la raza aria, la religión griega es también hija y hermana de la religión de la Ariana. Ahora bien, la religión y la filosofía se confunden en el mundo oriental; las creencias de la Grecia y los gérmenes de sus ideas provienen del Oriente. Los griegos no son, pues, autóctonos, no han encontrado en sí mismos los principios de su civilización, los han buscado en la remota Asia, por medio de largas peregrinaciones.

Este punto está fuera de duda. Pero cabe preguntar si después de la separación de los diversos pueblos de raza indo-germánica, ha dejado de haber relaciones entre ellos, y han vivido aisladamente. ¿Ha continuado la India concentrada en sí misma? ¿Las naciones que no proceden de la rama aria, como el Egipto, no han entrado en comunicación con los demás pueblos? Se observan analogías y diferencias en las civilizaciones de los pueblos dominantes de la remota antigüedad. ¿Se explican las analogías sola-

mente por el hecho de un origen común, y de una existencia común en los tiempos primitivos? ¿Se explican por la identidad del espíritu humano, el cual en todos tiempos es el mismo? Carecemos de testimonios históricos para contestar, y no queremos presentar inducciones en lugar de hechos. Nos contentamos con señalar las semejanzas; cuando las hay especiales, cuando llegan hasta los detalles, creemos poder deducir la existencia de lazos de parentesco y de filiación, aún cuando no podamos explicarlos históricamente.

Tenemos principalmente en cuenta las tradiciones por vagas que sean. Estas tradiciones, que se apoyan en la ley que rige á la humanidad, nos autorizan para admitir lazos internacionales, acción y reacción entre los diversos pueblos. Esto no impide que cada cual tenga su originalidad propia. La individualidad es de la esencia de las naciones, y nunca se borrará este carácter, por numerosas que sean sus relaciones. Esta originalidad se nota perfectamente en la antigüedad; y ya anteriormente hemos dado la explicación. El aislamiento ha sido hasta cierto punto necesario en la infancia de los pueblos, á fin de impedir que las influencias extranjeras obrasen con demasiada fuerza sobre organizaciones jóvenes é impresionables. La acción internacional no obliga, pues, á que por todas partes se reproduzca la misma civilización. Dios no ha querido que un pueblo sea copia de otro, como no ha querido que un individuo se parezca á otro, ó que dos hojas de un mismo árbol sean idénticas. Donde la acción es más fuerte y parece más irresistible, en el seno de la familia, el padre no logra convertir al hijo en hechura suya, aún cuando lo intente, como frecuentemente sucede; el hijo, por grande que sea la presión que la educación produzca, no llega á ser nunca la imagen del padre; pueden ponerse trabas á su desarrollo original, pero no es posible darle facultades, disposiciones, gustos, sentimientos, cuyo germen no se encuentre en él. Con mayor razón sucede esto mismo con las naciones. Los pueblos tienen ya su individualidad formada cuando aparecen en la escena de la historia, y empiezan á relacionarse por medio de la guerra y del comercio. En este contacto el más civilizado influye necesariamente sobre el que es relativamente bárbaro; pero el pueblo bárbaro reobra también sobre el pueblo

civilizado. Los romanos comunicaron á los germanos su cultura intelectual; los germanos á su vez regeneraron á los romanos, infundiéndoles un espíritu de que carecía la antigüedad, y que constituye la fuerza y la grandeza de la civilización moderna. La iniciación es generalmente mucho menos directa, y, por consiguiente, menos poderosa. La India, el Egipto y la Grecia, no han tenido relaciones de vencedor á vencido. La influencia recíproca que les atribuimos ha sido, pues, indirecta. Se ha limitado á imprimir el movimiento, á dar el impulso, á despertar la actividad propia del pueblo iniciado, á sembrar los gérmenes de la civilización en las naciones más jóvenes. En este sentido decimos que hay una relación de parentesco y de filiación en la esfera de la cultura intelectual y moral (1).

SECCION 2.^a— LA TEORÍA.

§ 1.— La idea del progreso.

N.º 1.— La filosofía.

Hay y habrá siempre una inmensa distancia entre el hecho y el ideal: el hombre, sér imperfecto, no logra realizar ni aún la perfección que concibe y que desea. Pero ya es algo concebir

(1) Hemos tenido la dicha de ver confirmada nuestra opinión después de la publicación de la primera edición de estos *Estudios*, por uno de los veteranos de la ciencia, el barón de *Eckstein* (*Ueber die Grundlage der indischen Philosophie und deren Zusammenhang mit den Philosophemen der westlichen Völker* (en *WEBER, Indische Studien*, tomo II, pág. 369, s.). *M. Mohl*, el sabio profesor de Heidelberg, alabando más de lo que merecen nuestros trabajos, no participa, sin embargo, de nuestra opinión respecto á las influencias internacionales y la filiación de las civilizaciones. Sus críticas nos han obligado á desarrollar nuestro pensamiento.